

Este libro estudia los aportes que las neurociencias pueden ofrecer a la antropología filosófica, posibilitando acceder a un cuadro enriquecedor de las relaciones que se dan, con cierta circularidad, a modo de *feedback*, entre el conocimiento ordinario, la ciencia y la filosofía.

Como introducción, en el primer capítulo, el autor se detiene en las relaciones entre la filosofía y la neurobiología desde el punto de vista epistemológico, haciendo ver como pueden plantearse de modo complementario, sin aislarse y a la vez sin reduccionismos ni desenfoques ontológicos. Sanguineti hace ver que la neurociencia tiene un estatuto epistemológico no puramente físico, sino *psicosomático o neuropsicológico*, porque estudia las correlaciones causales entre las dimensiones neural y psíquica, lo que le permite ponerse en una relación especial con la filosofía del hombre, en la medida en que “la neurobiología, y especialmente la neuropsicología, proporciona descripciones y explicaciones básicas parciales acerca de muchos aspectos de la conducta humana. Estos estudios constituyen una base que la filosofía del hombre no puede ignorar en sus aspectos centrales, aunque a la filosofía no le interese el detallismo técnico característico de las investigaciones científicas” (p. 32).

Para facilitar el diálogo entre la neurociencia y la filosofía, en el segundo capítulo se realiza un estudio histórico de las neurociencias desde la antigüedad hasta nuestros días, poniendo un especial énfasis en los temas que ayudan a forjarse una idea de conjunto del ser humano. Esta introducción histórica es un buen método para introducirse gradualmente en los conocimientos neurobiológicos sistemáticos. Se va viendo así como poco a poco el sistema nervioso, y en especial el cerebro, va siendo entendido, a lo largo de la historia, y especialmente desde fines del siglo XIX, como la parte del organismo humano que controla la fisiología corpórea, la sensibilidad en sus aspectos cognitivos y afectivos, y las funciones altas del ser humano, como son la memoria, la autoconciencia y las emociones. El texto nos hace ver como a partir de la segunda mitad del siglo XX las llamadas *ciencias cognitivas*, como la psicología cognitiva, la lingüística, la informática, la inteligencia artificial, la filosofía de la mente y la neuropsicología, constituirán un núcleo interdisciplinar en el que la neurociencia tendrá un papel relevante. Por otro lado, desde

entonces se comprende mejor la arquitectura funcional del cerebro, su plasticidad, su lateralización, su conectividad funcional, su complejidad y sus relaciones con el sistema endocrino y en definitiva con todo el organismo. Por tanto, sostiene Sanguineti, “se vio que el cerebro debía entenderse como una concepción dinámica en red” (p. 74). Dos secciones de este segundo capítulo están dedicadas a la psicofarmacología y a la neuroingeniería, en las que se incluyen valoraciones filosóficas y éticas, ya que por un lado no se debe acudir exclusivamente a las terapias farmacológicas para el tratamiento de trastornos nerviosos, sino que estas deben asociarse, en lo posible, a la psicoterapia cognitivo-conductual; por otro lado, tan errado puede ser confundir un trastorno neuropsicológico con una situación existencial, moral o espiritual, como lo contrario, y a veces ambos aspectos pueden verse entremezclados. En la parte final del capítulo se estudia el pensamiento llamado *neurofilosófico* de exponentes de prestigio en la neurociencia que han reflexionado sobre aspectos antropológicos, como Eccles, Damasio, Changeux, Edelman, Gazzaniga y muchos otros. Emerge así el panorama de una neurofilosofía que completa y amplía los horizontes de la filosofía de la mente. Son analizados también el movimiento antipsiquiátrico y el transhumanismo, con una evaluación filosófica de sus ideas.

A continuación el libro dedica un amplio capítulo, el tercero, a las relaciones entre la persona y el cuerpo humano. El autor afirma que “desde la parte cerebral se llega de alguna manera a todo el hombre, pues la neurociencia, ciencia ‘híbrida’, no puede menos que establecer correlaciones con las capacidades psíquicas” (p. 151). Así Sanguineti delinea una visión gradual de la naturaleza, en la que la vida emerge sobre las estructuras físicas en la forma de sistemas complejos auto-organizados. Gracias al sistema nervioso, en los animales, por encima de la vida vegetativa aparecen las funciones intencionales, sobre las cuales, por su parte, se insertan las funciones humanas personales, como son la inteligencia en su apertura a las realidades ontológicas y la consiguiente libertad y posibilidad del amor personal.

Sanguineti estudia además la analogía las unidades complejas en red, con sus causalidades multidireccionales, cosa que permite comprender de modo sistémico las causalidades *desde arriba* y *desde abajo* que modulan los circuitos de la conducta humana, desde la recepción de información hasta su elaboración cognitiva y afectiva y su traducción en la conducta humana. Se considera así en qué sentido puede decirse que el yo humano es causa de sus acciones y cómo se mantiene la identidad personal. El autor distingue entre un yo o sí mismo profundo y un sí mismo intencional o consciente, visto en sus estados y operaciones. La

persona humana se configura como una unidad compleja, integrada y relacional, en la que las funciones altas, espirituales, se encuentran radicadas en las estructuras de la sensibilidad situadas en áreas cerebrales funcionales.

El estudio de la tecnología informática permite entender el papel de la ciencia computacional en la vida humana, permitiendo así una valoración de las funciones de la racionalidad computacional que pueden desarrollarse con los sistemas inteligentes artificiales. Los aspectos tratados a lo largo de este tercer capítulo permiten dar algunas respuestas al problema ontológico típico de la neurociencia, a saber, la comprensión de las diferencias esenciales entre los vivientes, la persona, la sociedad, la cultura y las máquinas informáticas.

El cuarto y último capítulo del libro está dedicado al estudio de la sensación y la percepción. El autor pone en relación a la neurociencia de la percepción con la filosofía del conocimiento, ya que “la visión clásica de la sensibilidad queda reorganizada por nuestros actuales conocimientos neurobiológicos” (p. 269). Traza un cuadro de los distintos niveles de la sensibilidad cognitiva y los compara con las clasificaciones tradicionales de los sentidos externos e internos. Considera que los clásicos descuidaron el tema de la captación sensorial del propio cuerpo. Los sistemas sensoriales especializados tanto externos como internos permiten la captación sensitiva del organismo y de sus estados, así como la percepción objetual del ambiente externo. Sanguineti da importancia a la percepción vista como proceso paulatino de integración cognitiva, que culmina en el reconocimiento y memorización de objetos, cuya base física son las integraciones neurales. Analiza la conciencia en sus diversos significados y su relación con la atención.

En este capítulo se toca además la cuestión de las anomalías y trastornos perceptivos (ilusiones perceptivas, alucinaciones, agnosias). Se evalúan a continuación las diversas teorías de la percepción (gestaltismo, funcionalismo, constructivismo, conexionismo, computacionalismo, teoría ecológica) a la luz de los conocimientos actuales neurobiológicos.

Una parte especial de esta sección está reservada a la cuestión de la percepción del propio cuerpo. Se desglosan, en este sentido, las diversas sensaciones y las percepciones fisiológicas (sensaciones humorales, estados afectivos, estados motivacionales corpóreos, hambre, sed, dolor, placer, sexualidad) y sus patologías, como las dependencias. El lector puede encontrar de este modo una visión de conjunto del cuerpo personal, con su identidad, también en cuanto al género y la sexualidad, en la que se destacan aspectos fenomenológicos, neurales y ontológicos. El

autor destaca aspectos que tienen que ver con la autoconciencia de la propia identidad, como el vestido y el influjo de la captación ajena en cuanto mediadora de la auto-percepción.

Sanguineti desarrolla, al final, los aspectos intencionales de la percepción relativos a cada uno de los sentidos (por ejemplo, el tacto da lugar a cierta comprensión de las causalidades físicas, el oído se relaciona con una especial captación del devenir) y también, por último, considera la percepción de los demás en sus aspectos de penetración en el psiquismo ajeno y de interacción personal. El autor subraya la comunicación interpersonal como algo constitutivo y originario. La vida consciente no es aislada, sino compartida con los demás. Las diversas formas de relacionarse con los demás tienen que ver con aspectos relativos a cómo son percibidos los otros (en su condición social, en sus valores, en sus relaciones concretas, pero sobre todo en su condición personal), lo que culmina en relaciones altas como la amistad.

Los temas tratados, como puede verse, son muy numerosos, pero son vistos de modo unitario y continuado. El libro consigue un equilibrio metodológico entre las perspectivas fenomenológica, neurobiológica y ontológica. Hace accesible a los no expertos los conocimientos científicos y amplía horizontes a los que son especialistas en temas neurocientíficos.

JORGE JESÚS LÓPEZ